

Islam y cristianismo: el diálogo espiritual

Juan Manuel Pérez Charlín

Dentro de la línea «diálogo islam y cristianismo», iniciada en números anteriores de la revista, presentamos ahora el tercer artículo. Se trata en él del diálogo espiritual y se presentan las características propias de la mística cristiana y la mística islámica. Los místicos de ambas religiones han encontrado una experiencia común de sed de absoluto. Desde esta experiencia común se invita a pasar de un ejercicio comparativo de las religiones a un diálogo en la fe.

«Cuando entres en un diálogo interreligioso, no pienses por anticipado qué has de creer. Cuando des testimonio de tu fe, no te defiendas a ti mismo, ni defiendas tus intereses personales por muy sagrados que te puedan parecer. Haz como los pájaros del cielo: cantan y vuelan y no defienden su música o su belleza.

Cuando dialogues con alguien, mira a tu interlocutor como una experiencia reveladora, como mirarías o te gustaría mirar a los lirios del campo. Cuando te encuentres en un diálogo interreligioso, procura ver primero la viga en tu propio ojo, antes de hallar la mota en el ojo de tu vecino.

Bienaventurado tú cuando has de afrontar la incompreensión por parte de tu comunidad o de otra a causa de tu fidelidad a la Verdad.

Bienaventurado tú cuando no abandonas tus convicciones y sobre todo no las presentas como normas absolutas» (R. Pannikar)

Como misionero de África, he pasado 20 años de mi vida en Burkina Faso conviviendo con musulmanes y con creyentes de la religión tradicional africana. Con los miembros de las pequeñas comunidades cristianas he practicado las formas más clásicas de diálogo interreligioso, el de la vida cotidiana y el del compromiso común por la justicia y la promoción humana. El diálogo espiritual, en el que se comparte la búsqueda personal del Absoluto, ha sido casi inexistente, pero creo poder decir que algo de él he intuido y deseado en algunos encuentros con amigos de otras religiones.

Con mi vuelta a España, he sentido que el fenómeno social de las migraciones está haciendo que muchas personas experimenten, con cierta sorpresa, el pluralismo cultural, pero sobre todo un pluralismo religioso que les causa malestar e inquietud. Para muchos cristianos que desean entablar un sencillo camino de diálogo, la dificultad no viene tanto de una convivencia difícil, cuanto de la constatación de las grandes

diferencias religiosas que existen entre cristianos y musulmanes. La pregunta que está en muchos corazones es si sabremos superar la simple coexistencia o la generosa tolerancia, para adentrarnos por caminos de encuentro, de positivo reconocimiento mutuo y llegar, poco a poco, a aceptar recíprocamente las diferencias, sin caer en la trampa de la ignorancia o el aislamiento, para crear juntos un mundo nuevo y unos cielos nuevos en los que la sed del Absoluto sea la que guíe nuestro pasos.

Para los que comienzan la aventura del diálogo, en cualquiera de sus formas, es bueno saber que es un ejercicio de humildad. Nuestra fe cristiana es justa y verdadera y debe ser proclamada, pero no como si fuéramos jueces, sino siendo testigos de una Persona; no como soldados, sino como mensajeros de Paz; no como vendedores que someten a presión al comprador, sino como embajadores del Servidor Sufriente. El verdadero diálogo exige aceptar espontáneamente la coexistencia de otros credos, convencidos de que avanzamos en el encuentro con el Dios que está en mi interlocutor. Se precisa una gran humildad porque la fe es un don, lo que supone ser vulnerable como lo fue Jesús ante la siro-fenicia (Mc 7, 24-30).

Las diferentes formas de diálogo son insuficientes sin la experiencia del diálogo esencial que Dios instaure, desarrolle y lleva a su término con cada uno de nosotros, en el cuadro de nuestra tradición religiosa. Mi experiencia me dice que si bien el diálogo de la vida y del compromiso social es relativamente fácil, el diálogo espiritual exige del creyente una enorme calidad de fe, ya que el Espíritu de Dios educa al buscador del Absoluto más allá de las fronteras religiosas, en un terreno de nadie, donde El tiene las manos libres para modelarle a Su imagen. Estos sedientos de Dios que han hecho y siguen haciendo un camino extraordinario en su búsqueda del Absoluto, los encontramos no sólo en la comunidad cristiana, sino también en el Islam. La experiencia de los místicos musulmanes y cristianos apunta a la unión con Dios. San Juan de la Cruz e Ibn'Arabi presentan coincidencias sorprendentes. ¿Es esto la muestra de que la acción del único Dios nos hace converger desde puntos de partida diferentes? ¿Qué convergencias tendría esta acción de Dios?

La mística cristiana

La mística es un concepto fundamental en el cristianismo. La mística

entendida como relación con el Misterio, como experiencia de realidades que no son asequibles a los sentidos, que se escapan a la libre disposición de la voluntad humana, que abre el camino a posibilidades y plenitud, más allá de la naturaleza propia y de las fa-

*si el diálogo de la vida y del
compromiso social es
relativamente fácil, el
diálogo espiritual exige del
creyente una enorme calidad
de fe*

cultades normales de la persona. Esta experiencia religiosa que admite el nivel natural de la realidad mística, comparte con las demás religiones la actitud de entrega ante el Misterio y el deseo de dejarse informar y transformar por él en la vida concreta; comparte de alguna manera la mirada sosegada, interior, contemplativa, sobre la realidad, para infundir a todo lo que la circunda una transparencia hacia el Absoluto. Es una actitud ante la realidad, ante la vida, que encierra el asombro, el temor, la fascinación, la sumisión y la adoración. Toda fe en la trascendencia reconoce el Misterio, tiene sus manifestaciones místicas y ofrece caminos para entrar en contacto con él.

En la mística cristiana la persona de Jesucristo es absolutamente central, es el Hijo eterno del Padre que por la acción del Espíritu se encarnó e hizo posible la comunión con Dios para los seres humanos y para toda la creación. En Cristo se da el acontecimiento místico absoluto, él es el acontecimiento místico porque es persona divina y hombre verdadero y en él se realiza la total unión y comunión entre Dios y el hombre. Él es

*en la mística cristiana la
persona de Jesucristo es
absolutamente central; en él
se realiza la total comunión
entre Dios y el hombre*

el Misterio al que tiende el ser humano en cuanto es el Hijo del Padre y su Espíritu es Espíritu Santo.

El núcleo de la mística cristiana es la vida trinitaria que se derrama en la persona de Cristo. Jesús viene al mundo, vive su total obediencia al Padre en la entrega a su misión, revela el misterio de la Trinidad como misterio de amor y comunicación e infunde en el mundo su Espíritu de amor y de verdad para llevar así todo lo creado hacia su origen y destino en la vida intratrinitaria. El misterio

de Cristo como Hijo del Padre, como Hijo del hombre, el Enviado, y el que envía el Espíritu, es meta de toda mística cristiana. Jesús es el místico por excelencia porque toda su existencia, su misión y su destino, es manifestación de la comunión con el Padre en el Espíritu, es amor y entrega mutuos. Los evangelios presentan a Jesús como el hombre que viene del Misterio, que proclama y revela el Misterio de palabra y con gestos de salvación, misericordia y perdón, que ofrece la comunión con el Misterio e invita a la relación filial con el Padre y a la comunión fraterna con todos los que son hijos del Padre. Un Jesús que no sólo ofrece la comunión con el Misterio, sino que sus gestos y su presencia son el Misterio mismo.

En la carta a los Filipenses 2, 6-11, san Pablo formula toda la profundidad de la misión de Cristo, expresando el itinerario de la unión que existe entre el Enviado y el Padre y cómo vive la misión recibida del Padre para salvación de todos y a dónde le conduce esta total obediencia y entrega. En su vida, pasión, muerte y resurrección Jesús manifiesta el misterio de Dios y del ser humano, vive de manera absoluta y universal la comunión de Dios y del hombre por amor. La mística cristiana es, en sentido amplio, la participación

en este itinerario de Cristo, la filial obediencia e inclinación amorosa ante el designio de Dios y la aceptación gozosa y libre del amor que él nos ofrece.

La mística musulmana

En el Islam, el Corán es el punto de partida constante e ineludible de todo itinerario musulmán hacia Dios. La predicación coránica, como el Antiguo Testamento, abarca gran variedad de temas que van desde lo más religioso y espiritual hasta lo más humano y terreno. Pero, en medio de su multiplicidad, hay un tema que prevalece e inspira a todos: la unicidad del Dios trascendente. Dicha unicidad no sólo consiste en afirmar que no hay más que un Dios, sino que también, y tal vez de un modo especial, consiste en afirmar que Dios es el único que realmente tiene existencia y ante él cualquier otra realidad, el mundo, el hombre y todas las criaturas, es como si no existiera: «Todo es perecedero y sólo subsiste el rostro de tu Señor, majestuoso y noble» (Corán 55, 26-27). El hombre y todas las criaturas sólo tienen sentido y valor porque han sido «creadas para adorar al Señor».

Esta percepción de la unicidad de Dios en la existencia y de la casi

inexistencia de todo lo demás ante él, es la experiencia básica de cualquier mística. Es el «todo y nada» de san Juan de la Cruz. Dios es todo, y el hombre es nada cuando está en presencia de Dios. Esta toma de conciencia de que Dios es el único verdaderamente existente, de que de él procedemos y a él retornamos, está en el origen de toda vocación mística. En este sentido, el Corán ofrece a

*la unicidad de Dios en la
existencia y la casi
inexistencia de todo lo
demás es la experiencia
básica de toda mística
islámica*

la meditación del creyente musulmán la llamada a centrarse en Dios, a buscarlo en una perpetua ascensión y a vivir nada más que para él.

Pero, por oposición al politeísmo de Arabia y también a las mal entendidas doctrinas cristianas, el Corán fija un límite preciso en la ascensión aparentemente ilimitada hacia Dios: rechaza formalmente todo tipo de unión entre el hombre y Dios. La transcendencia divina supone una barrera infranqueable entre el hombre, incluso místico, y el Dios inaccesible. Ese

ha sido, es y será el drama de la mística musulmana: atraída hacia Dios por la llamada del Corán, tenderá a elevarse para alcanzarlo, pero tendrá que frenar su movimiento antes de llegar a la unión con Dios. Los que pretendieron ir más lejos fueron exco-mulgados, y en algunos casos, como el de Ibn Mansur al-Hallaj (858-922), pagaron con la vida su audacia y su fidelidad a la inspi-ración del Espíritu.

*el drama de la mística
musulmana es que, atraída
hacia Dios, tiene que frenar
su movimiento antes de
llegar a la unión con Dios*

*«Señor, mi Señor,
he estrechado con todo mi ser Tu
Amor.
Me despojas tanto de mí que siento
que en mí eres Tú.
He devenido Aquél que amo,
y Aquél que amo se ha personado en
mí.
Somos dos Espíritus infundidos en
un solo cuerpo» (al-Hallaj).*

En favor de la vida mística, el Corán recuerda al creyente que Dios «está más cercano que su vena yugular» (50,16) que debe acercarse a Dios continuamente

(96,19) y desearle ardientemente (94,8). Que debe vivir constante-mente bajo su mirada (52,48), re-cordando sus bellísimos nombres e invocándolos sin cesar (87,15). Dado que para recibir las gracias divinas, el creyente debe obedecer a Dios, la espiritualidad musul-mana es fundamentalmente una espiritualidad de obediencia a la ley de Dios. Además, deberá des-prenderse de los bienes efímeros de este mundo, que son un ornato superficial destinado a pasar co-mo la hierba de los campos (18,8; 20,131), para responder al «lleno de amor» (11,90; 85,14) que ofrece su propio amor (3, 31; 5,54). Este tema del amor recíproco entre Dios y el hombre es relativamente raro y marginal en el Corán, pero ahí están las palabras; los místicos musulmanes guiados por el Espí-ritu, acertarán a descubrirlas y convertirlas en la vía gloriosa de ascenso hacia Dios. Entre dichos místicos destaca Rabi'a al-Ada-wiyya (713-801), llamada «la can-tora del puro amor de Dios», que decía que la verdadera fe consiste en olvidar las pruebas que proce-den de Dios, para pensar sólo en El.

«Te amo con dos amores: un amor apasionado y un amor digno de Ti. / El amor apasionado es no pensar más que en Ti, excluyendo lo demás./ El amor del que sólo Tú eres digno es

que / Tú te desveles a mí y yo pueda verte./ No hay mérito alguno de mi parte ni en el uno ni en el otro, / sino que toda alabanza se te debe a Ti por el uno y por el otro» (Rabí'a al-Adawiyya).

Una de las expresiones más perfectas de la mística musulmana se encuentra en el genio de Ibn'Arabi Muhyi al-Din (1165-1240). Nacido en Murcia, entró en contacto con el filósofo Averroes, que le consideró su heredero. Sospechoso por sus doctrinas, tuvo que huir de la España integrista de los almohades y dirigirse al Oriente, terminando sus días en Damasco. En su vasta producción, con más de 900 obras, lo importante es su doctrina mística. Ibn'Arabi, haciendo suya la concepción básica del Corán de que Dios es el único que existe verdaderamente, saca consecuencias extremas, lógicas hasta el absurdo.

«Señor, las delicias del cielo / son para mí iguales que los suplicios del infierno,/ no está en ellos la cuestión de que aumente o cambie Tu amor por mí / Todo aquello que tú prefieras de mí será lo único que yo ame, / porque el amor que Tú, Señor, me tienes, / es la creación con que animas. / Un acto de amor, Señor, eternamente nuevo» (Ibn 'Arabí).

Dado que sólo Dios existe, todo lo

que existe es Dios. Más aún, aunque Dios y las criaturas tienen una esencia diferente, ya que Dios es necesario y las criaturas contingentes, como no hay más que un solo ser existente, Dios y las criaturas están unificadas en una misma y única existencia. Para Ibn'Arabi, la mística consiste en hacerse consciente de la auténtica realidad del hombre que aparentemente es una criatura distinta de Dios, pero que en realidad es el mismo Dios, del cual la criatura no es más que la sombra:

«Tú no conoces el mundo / más que en la medida en que se conocen las sombras. / Tú ignoras a Dios en la medida en que ignoras / quién es la fuente de esta sombra de Dios que es el mundo. / Reconoce, por tanto, lo que tú eres en realidad, eso por lo que tú eres Dios. / Por este conocimiento de sí mismos / es por lo que los místicos son superiores a los demás hombres».

Uno de los discípulos de Ibn'Arabi, Jili, lo expresará con otras imágenes:

«Dios es la materia del universo. / El universo es como el hielo, / Dios es el agua de la que se forma el hielo»

Las consecuencias de este enfoque para la mística musulmana fueron muy graves. En lugar de la

ensión sin límites entre el Dios que llama y el alma que responde, purificando su vida y su espíritu para confiarse a Dios, basta con hacerse consciente de que el hombre ya es Dios. La salvación está en saber. El amor a Dios está en el centro de esta mística, pero ya no es el amor de Rabi'a, que aspiraba a morir para contemplar a Dios cara a cara, ni el de al-Hallaj, que se unía a Dios por amor respetando su trascendencia. Es amar a Dios en uno mismo y en toda cosa, ya que todo es Dios.

Lo esencial de la mística musulmana proviene realmente del dinamismo espiritual que alberga el Corán en su interior. Ha sido el Espíritu Santo el que ha guiado a estos «sedientos de Dios» en su lectura del Corán; basta con estudiar los textos de los místicos musulmanes para ver con claridad que su punto de partida y su punto de llegada son el mismo: cómo decir en verdad que Dios es único, y cómo vivirlo? Los posibles influjos ajenos no han tenido otra función que la de apoyar, estimular o proporcionar nodos de expresión a una experiencia genuinamente musulmana. Es evidente que el sufismo no es todo el Islam, ni siquiera toda la espiritualidad musulmana, que es esencialmente obediencia a Dios en la fe y en la Ley,

pero es una parte integrante del Islam, no sólo como herencia histórica de su civilización, sino como uno de sus más bellos blasones espirituales que revela a la vez sus virtualidades y sus limitaciones.

El diálogo espiritual

Leyendo las experiencias de los místicos cristianos y musulmanes podemos descubrir que sus experiencias son cercanas en lo que constituye su razón de ser, la fe en el Absoluto. La sed de Absoluto es una realidad que está en activo en todo ser humano, sea cual sea la sociedad y cultura a la que pertenezca. Se manifiesta en el esfuerzo que una persona realiza con todo su ser para lograr un ideal. Todo ser humano puede emprender el itinerario que va desde el fondo de sí mismo hacia el Absoluto, en el que cada uno circula por su propia senda, aunque todos los caminos pueden desembocar en el Absoluto. El Dios de las religiones no está instalado en el centro de un laberinto al que sólo conduce un camino, mientras los demás llevan a callejones sin salida. La fe conduce a Dios, pero se expresa en toda religión, en toda cultura, en toda existencia, de diferentes maneras.

La experiencia de los místicos nos muestra que la religión es esencialmente una expresión cultural de la fe, no un medio al servicio de intereses no orientados hacia el Absoluto, lo cual haría de ella una ideología mistificante. Los místicos nos recuerdan que la religión no es un objeto de museo, sino una expresión comprensible para los hombres en quienes debe vivir la búsqueda del Absoluto. Por eso, los místicos como Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Ibn'Arabi o al-Hallaj no intentan demostrar la superioridad de su religión, de su fe sobre las otras, sino que siguen fielmente su propio camino sin despreciar el camino de los otros, porque han comprendido que las religiones son caminos, no el final del recorrido, son medios al servicio del único fin, la fe como intención de Absoluto.

Esto nos lleva a poder afirmar que la relación entre las personas, y más particularmente entre personas que pertenecen a religiones diferentes, debe ser una relación dialogante. Cualquier tipo de relación que no se base en el diálogo aparece como opuesta a los valores humanos, porque el diálogo supone la igualdad entre las personas y el rechazo a conceder privilegios a alguno de los interlocutores por razón de cultura, religión u otro factor natural o social.

Por otra parte, gracias al diálogo, se establece un intercambio entre los interlocutores, que indica que el verdadero respeto a las personas se traduce en apertura y acogida del otro en tanto que otro. Pero, como el diálogo no se entabla sino en función de la distinción de las personas, no se trata de operar una sustitución de puntos de vista, bajo el pretexto del

*los místicos han
comprendido que las
religiones son caminos hacia
el Absoluto, no el final del
recorrido*

intercambio, sino de compartir lo que Dios experimenta en mi existencia y de lo cual soy consciente. El diálogo es dialéctico, en el sentido de que cada uno se construye interiormente gracias a la aportación del otro y tomando conciencia de que las diversas líneas convergen hacia un punto absoluto que los creyentes llamamos Dios.

El diálogo espiritual que va más allá de los niveles de la vida y de la cultura, y no cae en una actitud hostil y conquistadora, conduce al nivel de la verdadera religión y de la fe. Cuando dos sistemas de pensamiento y de vida aparecen opuestos, a menudo su oposición

e sitúa al nivel de la expresión organizada y sistematizada y no al nivel de las intenciones o de las percepciones originarias que dieron nacimiento al sistema. Así, la religión cristiana y musulmana pueden parecer opuestas en puntos esenciales, pero esos puntos son esenciales dentro del propio sistema, de manera que se relativizan cuando se ponen en relación con el sentido que quieren expresar. El diálogo espiritual de los místicos nos invita a pasar del ejercicio comparativo de nuestras religiones a un diálogo en la fe. La religión que se orienta a Dios se conoce como la expresión de la experiencia de fe, de la búsqueda del Absoluto. Es desde aquí desde donde se comprende la riqueza que supone el diálogo espiritual. El diálogo que entabla el Espíritu a través del interlocutor cristiano y musulmán es un diálogo importante no tanto por lo elevado que pueda parecer, sino por lo que los interlocutores revelan del Absoluto.

Convergencias

Los místicos nos aportan un mensaje liberador, porque su testimonio sobre Dios, alimentado por la radiación de sus escrituras y de la expresión teológica, les ha superado al ser transformados por la

irrupción de una gracia particular en sus vidas. A mi modo de entender, éstos serían algunos de los puntos que pudieran indicar las convergencias de la acción de Dios en los creyentes cristianos y musulmanes, a pesar de las divergencias que existen entre ellos.

Dios es Dios. Los místicos nos muestran que Dios es un Misterio infinito al que tenemos que acercarnos con humildad y sabiduría. Cada religión intenta «explicar» el Misterio de Dios a su manera, sin pensar que Dios está siempre más allá y sólo le veremos, tal cual es, el día en que caiga el velo de nuestros ojos y le contemplemos cara a cara. Todos los místicos relativizan nuestras visiones de Dios y de todo lo que se encierra dentro de esa palabra corta y sencilla de pronunciar, pero difícil de explicar. Afirmar que Dios es infinito es fácil, pero ver, respetar y aceptar las consecuencias de esa afirmación, es arduo y sumamente penoso. Sin embargo, es de ahí de donde arranca la fuerza de los místicos porque levantan la mirada para ir más allá de las concepciones recortadas, buscando la profundidad, sabiendo que en esta vida nunca llegaremos a tocar fondo, aunque lo imaginamos en nuestro corazón, lo adivinamos y sobre todo lo aceptamos en la fe.

Dios es más que la religión. Cada religión tiene un credo con una amplia red de ritos, ceremonias, lecturas, rezos, liturgias. Son el mosaico viviente de culturas, lenguas y tradiciones que las comunidades irradian no sólo a través de su fe particular, sino también de su religión. Este aspecto es importante porque las religiones se mezclan y se entrecruzan en la vida de los hombres y las mujeres, que de hecho pueden pertenecer a religiones y creencias diversas. Si Dios es el motor propulsor del místico, el ímpetu del buscador está muy por encima de los moldes rígidos de una determinada religión. Desear y empeñarse en querer estrujar a Dios en un recipiente sabio, meterlo en una vasija perfecta y amarrarlo a las expresiones certeras de un credo religioso, es como pedirle a Dios que deje de serlo. Se olvida con frecuencia que la encarnación es un trampolín de lanzamiento para descubrir y comprender mejor a Dios y, en consecuencia, entender el significado de la creación y de la humanidad. No cabe la menor duda de que si la mística se centra solamente en el místico y no en la búsqueda incansable de Dios, al final todo gira alrededor del místico en vez de poner a Dios en el centro.

La sed del Absoluto. En la ajetrea-

da historia del Islam ortodoxo y cuadrulado nació la mística musulmana como búsqueda del Absoluto, como encuentro con la Realidad. El descomunal esfuerzo de los místicos musulmanes por acercar el creyente a la fuente de la vida, al manantial de la existencia, ha provocado grandes tensiones, causando condenas desenfrenadas y ocasionando encontronazos doctrinales. El desarrollo progresivo y la diversificación de los defensores de la mística en la his-

*los místicos nos muestran
que Dios es un Misterio
infinito al que tenemos que
acercarnos con humildad y
sabiduría*

toria del Islam han dado pie a la exuberancia de las cofradías musulmanas en la interpretación de los textos sagrados, en la función de los líderes religiosos y en la formación de los discípulos. El desapego de las realidades terrenas para acercarse más al Absoluto ha sido siempre el ideal de los místicos, sin embargo, el peso de la vida terrena ha hecho que muchas veces los ideales hayan sido truncados por los intereses terrenales y las miradas de estrechos horizontes. Lo importante no es que Dios se acerque al creyente, sino que el creyente se acerque a

Dios. Los místicos han entendido perfectamente la diferencia.

El sentido de la vida. La experiencia de los místicos intenta enaltecer los valores de la espiritualidad como remedio eficaz para el hombre cogido en el mundanal ruido de la vida cotidiana. Los místicos nos ayudan a comprender que la mística lleva al buscador de Dios a encontrar y a dar un sentido a la vida en una relación fundamental con el Absoluto que muestre el equilibrio de fuerzas

*la sed de infinito que
experimenta el hombre
actual es palpable, aunque
no sea visible a simple vista*

en juego, evitando el riesgo de buscar una religión a la medida, en la que el creyente sea el centro del universo y no el Absoluto, que es el que da sentido a la vida. No cabe la menor duda de que los iniciadores de los movimientos de renovación espiritual plasman el propio sello en la vida de los adeptos, seguidores, simpatizantes y discípulos. Sin embargo existe siempre el peligro de que los movimientos giren alrededor del fundador o fundadora, se cierran herméticamente, dejando respirar únicamente el aire sano y

saludable del fundador inspirado y agraciado. De aquí pueden nacer las tendencias de grupo, orientaciones carismáticas, sin que necesariamente se lleguen a rupturas doctrinales o sectas más o menos arropadas en el oropel de la fidelidad espiritual y eterna.

El espíritu y la ley. La sed de infinito que hay en el hombre y la mujer de hoy es palpable, aunque no sea visible a simple vista. Los indicios están ahí, aunque estén cubiertos por el ruido de la vida moderna, avasallados por el caos ideológico y envenenados por el consumismo. La mística no es de otro tiempo, ha existido siempre en la vida humana con sus formas históricas, sus manifestaciones culturales, sus arranques personalizados. La búsqueda del Absoluto ha sido y es el virus que carcome sanamente el ánimo del ser humano. Dar un cauce adecuado a esa fuente viva que es el espíritu humano es quizás lo más doloroso y enrevesado, ya que las religiones tienden por definición a poner compuertas al Espíritu, a encarrilar el aliento interior, a amaestrar el viento del Misterio. Esta es una empresa embriagadora, pero también angustiosa, ya que conviene recordar la sabiduría divina del evangelio: «*el espíritu es como el viento, sientes el ruido, pero no sabes de dónde viene ni*

adónde va». Toda la profundidad de los místicos podría ser resumida escuetamente en esas palabras, en ese vuelo sin sobrecarga, en ese respiro de armonía y vida en el espacio de Aquel que es el caudal y la orilla, el horizonte y el infinito, el alfa y el omega.

Conclusión

En la celebración de los 25 años de la llegada de los primeros misioneros a la parroquia en la que viví en Burkina Faso, varios fueron los testigos que dieron su testimonio. Entre ellos había cristianos y también miembros de la religión tradicional y musulmanes. Al final de la fiesta experimenté con gozo y esperanza que Dios está en el origen del diálogo interreligioso, que es El quien con paciencia, lleva a los seres humanos por los caminos más increíbles para que comprendamos que la verdadera religión es la del Amor, algo que Ibn'Arabi supo expresar así hace muchos siglos:

«Hubo un tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo, / si su religión no era como la mía. / Ahora, mi corazón se ha convertido / en el receptáculo de todas las formas: / es pradera de las gacelas y claustro de monjes, / templo

de ídolos y Kaaba de peregrinos, / Tablas de la ley y Pliegos del Corán. / Porque profeso la religión del Amor / y voy adonde quiera que vaya su cabalgadura, / pues el Amor es mi credo y mi fe» (Ibn'Arabi). ■

BIBLIOGRAFÍA

Libros

- ARKOUN, J. G., *Ouvertures sur L'Islam*, París, 1989.
- BARALT, Luce L., *Asedios a lo indescible*, Madrid, 1998, Trotta.
- BARALT, Luce L., *San Juan de la Cruz y el Islam*, México, 1985, Uni. Puerto Rico.
- CORTES, Julio, *El Corán*, Madrid, 1980, Editora Nacional.
- GASPART, R., *Para una visión cristiana del Islam*, Santander, 1995, Sal Terrae.

Revistas

- ISLAMOCRISTIANA, revista del PISAI, anual, Roma
- SE COMPRENDRE, mensual, París
- ISLAM AND CHRISTIAN-MUSLIM RELATIONS, semestral, Birmingham.